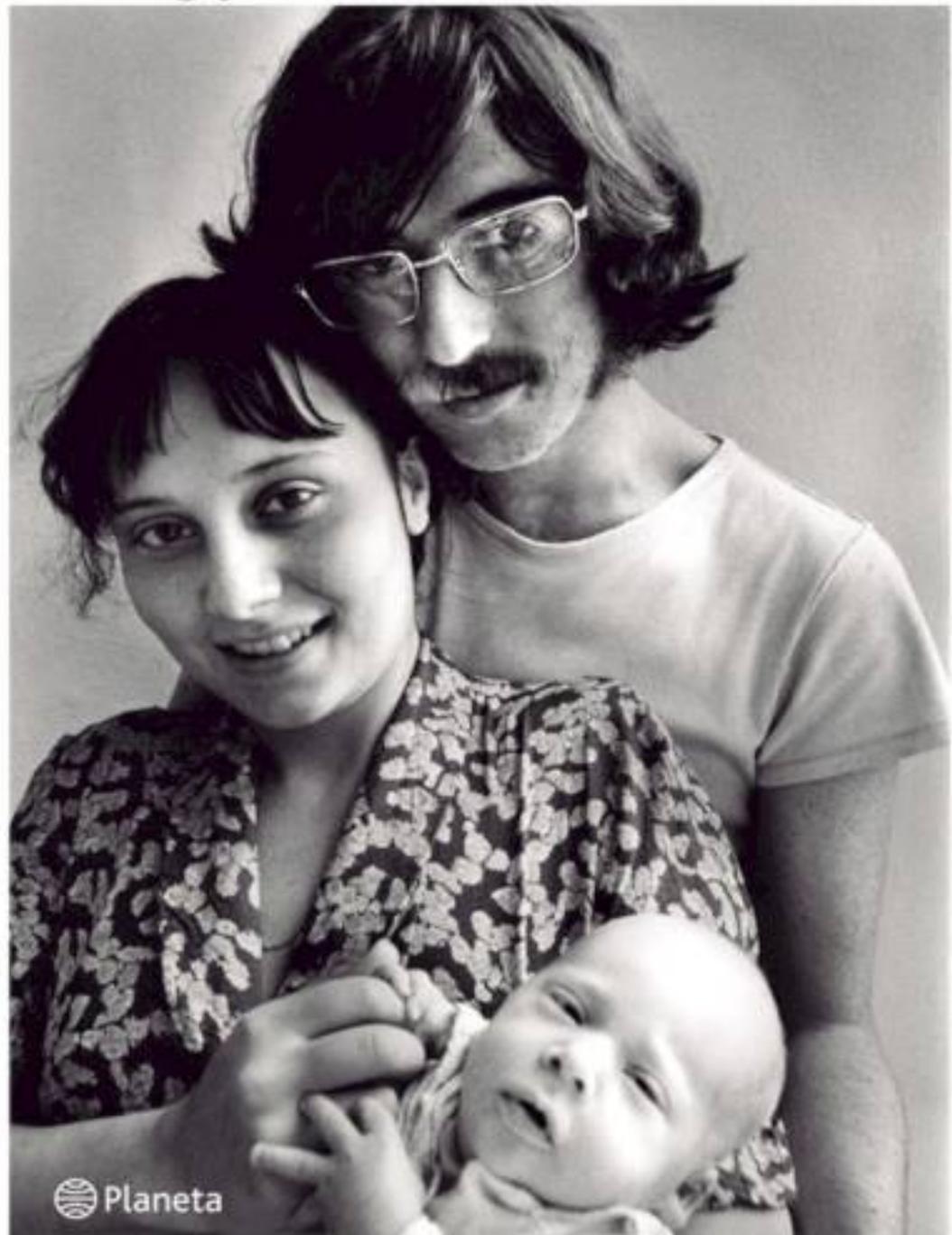


María Rosa Yorio

ASESÍNENME

Rock y feminismo en los años 70



ASESÍNENME

María Rosa Yorio
ASESÍENME
Rock y feminismo en los años 70

Yorio, María Rosa

Asesínenme / María Rosa Yorio. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2019.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-950-49-6719-4

1. Música Rock. 2. Biografía. I. Título.

CDD 781.660982

© 2019, María Rosa Yorio

Todas las fotos fueron cedidas por la autora y publicadas bajo su autorización

Diseño de cubierta: Juan Ventura para Departamento de Arte de Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Foto de tapa: Uberto Sagramoso

Todos los derechos reservados

© 2019, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Publicado bajo el sello Planeta®

AV. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.

www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: junio de 2019

Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite

ISBN edición digital (ePub): 978-950-49-6719-4

Índice de contenidos

Portada

Prólogo. Un libro tierno, sincero, fuerte. Por León Gieco

1. Locuras juveniles, la falta de consejos

2. Yo soy

3. La mejor loca

4. La Bohème

5. Y el fantasma tuyo

6. La loba que me cuida

7. Antes de gira

8. Máscara de luna

9. Aglutinados

10. Tendremos un hijo si quiere venir

11. La venganza será eterna

12. Mientras no tenga miedo de hablar

13. Fabricante de mentiras

14. Con los ojos cerrados

15. Total interferencia

16. Asesina serial

17. Bienvenida a casa

18. Una voz

Quiero agradecer a...

Prólogo

Un libro tierno, sincero, fuerte

Por León Gieco

Es una suerte que, cuando niño o niña, *algo* te haya hecho sentir príncipe o princesa. Porque la vida puede un día taparte todos los caminos pero nunca podrá impedir que regreses al lugar de los recuerdos.

*Una noche, un vino, un poco más
hacen girar notas tristes, la TV, la soledad
los días se aceleran, las semanas me sentencian
sé que soy un bocado más del tiempo.
La noche me regala sus estrellas
para sentirme bella y poder cantar.*

("Semana de una cantante". Música: María Rosa, Letra: León Gieco)

Es cierto que frente al público masculino María Rosa respondía con soltura, sensual y divertida, también sexy y provocativa. Pero todos sabíamos que lo angelical ocupaba un porcentaje muy alto dentro de su corazón.

Yo, que toqué muchas veces con Los Desconocidos de Siempre, veía eso desde el escenario. Un día en el hotel, después de no sé qué actuación, escribí algo así...

*Los talones de María
son redondos como el amor.
Parte del pie con escalón
sobre dos tacos de punta.
El resto, cubierto con cuero rojo
gastado en tanta ruta.
Pies que subirán más escaleras
para bailar mil canciones nuevas.*

Son algunas de las frases de una letra que durmió más de cuarenta años en un cajón y que hoy sonrío al despertar para ser parte de este prólogo, para este libro que reconozco en lugares comunes y familiares, del mismo barro, de la misma sangre.

Ahora, a la distancia, valoro muchísimo a las mujeres que en el comienzo de los 70 se le animaron al escenario. Gabriela, Carola Cutaia, Diana Lengua Negra, no más. Por eso fue de mucha calidez que María Rosa formara parte de PorSuiGieco y Nito Mestre y los Desconocidos de Siempre, dos agrupaciones con las cuales he compartido canciones, micros, giras, hoteles, escenarios, caminos, abrazos, risas, besos, peligros, emociones, aplausos, sentimientos, recuerdos, miradas cómplices, soledades...

María Rosa, con su presencia, podaba cualquier brote de machismo (si es que lo había en nosotros). Nos hacía mejores personas, más delicadas. Lo conseguía con una naturaleza diferente al resto del rock, que en esa época era casi todo varonil.

Iniciábamos, sin querer, una nueva etapa del rock nacional. Lo acústico, lo poético, lo político y con un plus especial; una presencia femenina que para esa época era casi revolucionaria.

Cuando María cantaba su set sola con la banda —tres o cuatro canciones en la mitad del show— la sala se tornaba de otro color, tenía otro aroma, había otras expectativas, se escuchaban otros aplausos. Y cuando en los bises cantaba “Blues del levante” los chicos presentes hacían su propia película de sexo, droga y rockanroll; se llevaban a la casa, debajo del brazo, ese filme de ficción para mirarla a ella toda la semana. En cambio nosotros nos quedábamos con la estampita de Virgen María, con esa carita linda, inocente y bondadosa que decía “estoy preocupada, chicos, podríamos haberlo hecho mejor”.

Este libro cuenta todo esto y más. Es tierno, sincero, fuerte. Expone los interrogantes de toda la vida, los que nunca nos abandonan, los que todos tenemos.

Por eso está bueno que ella haya podido sacar lo escondido antes de ser *solo un bocado más del tiempo*.

1.

Locuras juveniles, la falta de consejos



Conventillo reciclado en Tacuarí y Venezuela:
"Oye hijo las cosas están de este modo...".

Entramos a Tribunales tomados de la mano. Nos sentamos esperando que nos hicieran pasar al despacho del juez. Charly ya no era el chico tan raro y poco agraciado del primer Sui Generis. La mancha de vitiligo que le blanquaba la mitad de la cara estaba a su favor, creando el famoso bigote bicolor, el cabello color frutilla más largo y un guardarropa algo ampliado y divertido. No se me cae ningún anillo si digo que fueron “las chicas” las que lo pusieron lindo.

Entramos al despacho del juez —me llega a la memoria su sonrisa dulce—, que unos días antes nos había mandado a repensar si estábamos seguros de querer divorciarnos.

La decisión estaba clara. Entramos. Firmamos las actas. Nos fuimos sin hablar, tomados de la mano.

En la esquina nos dimos un beso y yo me fui a la casa de Beba. Charly partió rumbo al coqueto (pero hotel al fin) Impala, en Libertad y Arenales.

2. Yo soy



Seis añitos. "Máscara de luna".

Soy una persona que está poniéndose de pie. A veces torpe y temblorosa, haciendo equilibrio en el medio de esta vieja casa de estilo francés en el barrio de Retiro.

Yo no debería estar aquí, pero volví y efectivamente aquí estoy, dispuesta a poner las cosas en orden y vender esta casa. Levanto la vista y puedo ver la sala donde nos tirábamos a dibujar y pintar. Allí está el balcón por el que vimos correr el agua de la gran inundación.

En aquel rincón, el teléfono negro donde recibí el llamado que me cambió la vida.

—Hay un dúo que hace una música que a vos te va a encantar.

La voz llega desde el pasado, interferida por la frecuencia del rock argentino.

En el medio pasó la vida. Una gran vuelta. Me perdí un poco para llegar al gran encuentro, pero no dejé la inocencia en el camino. De ahí mi torpeza.

Yo era pura poesía. Cuando niña, me sentaba en alguna de estas salas y escuchaba la música clásica que inundaba la casa. Mi papá, que era un gran melómano, abastecía el ambiente con discos y libros. Los pasillos estaban marcados con volúmenes de Chéjov, Tolstói, Pushkin. Al final, entre todas esas músicas y esas lecturas, se armaría el combo que engendró esto: una sensibilidad poderosa.

Yo era una nena confundida que siempre quiso a sus dos madres. Por un lado, mi madre biológica. Por el otro, Beba, una tía adinerada que no podía tener hijos y disputaba ese rol. Mi mamá era maestra y trabajaba en turnos de doble escolaridad para tener una buena jubilación. La hermana de mi padre, por su parte, quería que yo fuera una nena bien. De manera que durante todo el año lidiaba con las obligaciones domésticas. Pero apenas comenzaba el verano mi tía me llevaba a Punta del Este para pasar una larga temporada hasta marzo. Me ponía vestiditos de París y me trataba como a una princesa.

Mi mamá tenía preparada su propia forma retorcida de darme una lección.

Una vez, cuando tenía ocho años, abrí la puerta de mi casa y la vi conversando con una señora boliviana y su hija. La niña tenía la misma edad que yo y se llamaba Amy. Su familia vivía en la Villa 31, detrás de la estación de trenes de Retiro.

—De ahora en adelante esta chica va a vivir acá —me dijo.

Por suerte no odié a Amy. Fue mi hermanita y, con el tiempo, incluso nos escapábamos juntas de casa. Pero el episodio reveló una parte jodida de mi madre. En el torbellino de su desesperación intentó resolver dos o tres problemas a la vez (incluyendo la limpieza de la casa).

Eran rollos muy comunes en las mujeres de aquella generación; confundían los roles y organizaban a su alrededor un mundo de terror y desamparo. No es bueno que la ley de una familia sea decretada por una persona que no está sana.

Para entonces, además de estudiar inglés y convertirme en *girl-scout* cada sábado, bailaba en el Colegio Nacional de Danzas. A los once, finalmente entré en el mundo del canto. En el invierno me ponía mi tapado largo de paño azul y recorría a pie el camino que me separaba del palacete donde ensayaba el Coro Nacional de Niños. Bajaba las escaleras hacia el sótano y allí estaban esperándome. Me quitaba el tapado y, mientras buscaba mi lugar en la cuerda, también buscaba mi lugar en la vida.

Un verano, durante mis días en Punta del Este, entré sola a un cine de avenida Gorlero para ver una película que aún no llegaba a Buenos Aires; se llamaba *Zorba el Griego*. Tendría unos doce años.

Salí de la sala completamente extasiada, pensando en el destino de Bubulina, el personaje femenino, y aquella gloriosa escena del baile. Giré sobre mí misma, extendí los brazos y me tiré boca arriba sobre el césped. Repetía una y otra vez la frase del personaje de Anthony Quinn:

Hay que estar un poco loco para romper las cuerdas de la vida y ser libres.

Para entonces, mi papá trabajaba como corredor de calefones en la calle. En una ocasión, cuando pasaba caminando frente a una disquería, escuchó una música nueva e inesperadamente linda. "¿Qué es esto?", le preguntó al vendedor.



"A llegar la primavera, Rosmery, tu amor solo mío será".

Esa tarde se apareció en casa con un regalo. Era el primer disco de Almendra. Desde entonces, gracias a mi padre, canciones como "Fermín", "Figuración", "A estos hombres tristes" y muy especialmente "Ana no duerme" se hicieron carne en mí.

Mi papá tenía esas cosas hermosas. Pero no sé si alguna vez terminó de bancarse el hecho de que fuera yo la única que llevase un pensamiento poético. Había un mandato hogareño, parecido al castigo, para alguien que quisiera levantar la cabeza y aspirar a algo diferente. Mi propio padre fue el encargado de acercarme al dibujo y a la pintura, uno de mis hermanos era pro-Unión Soviética, el otro maoísta y una parte de la familia se vinculaba con el anarquismo. Sin embargo, a pesar de todo esto, no dejaba de ser un ambiente bastante machista.